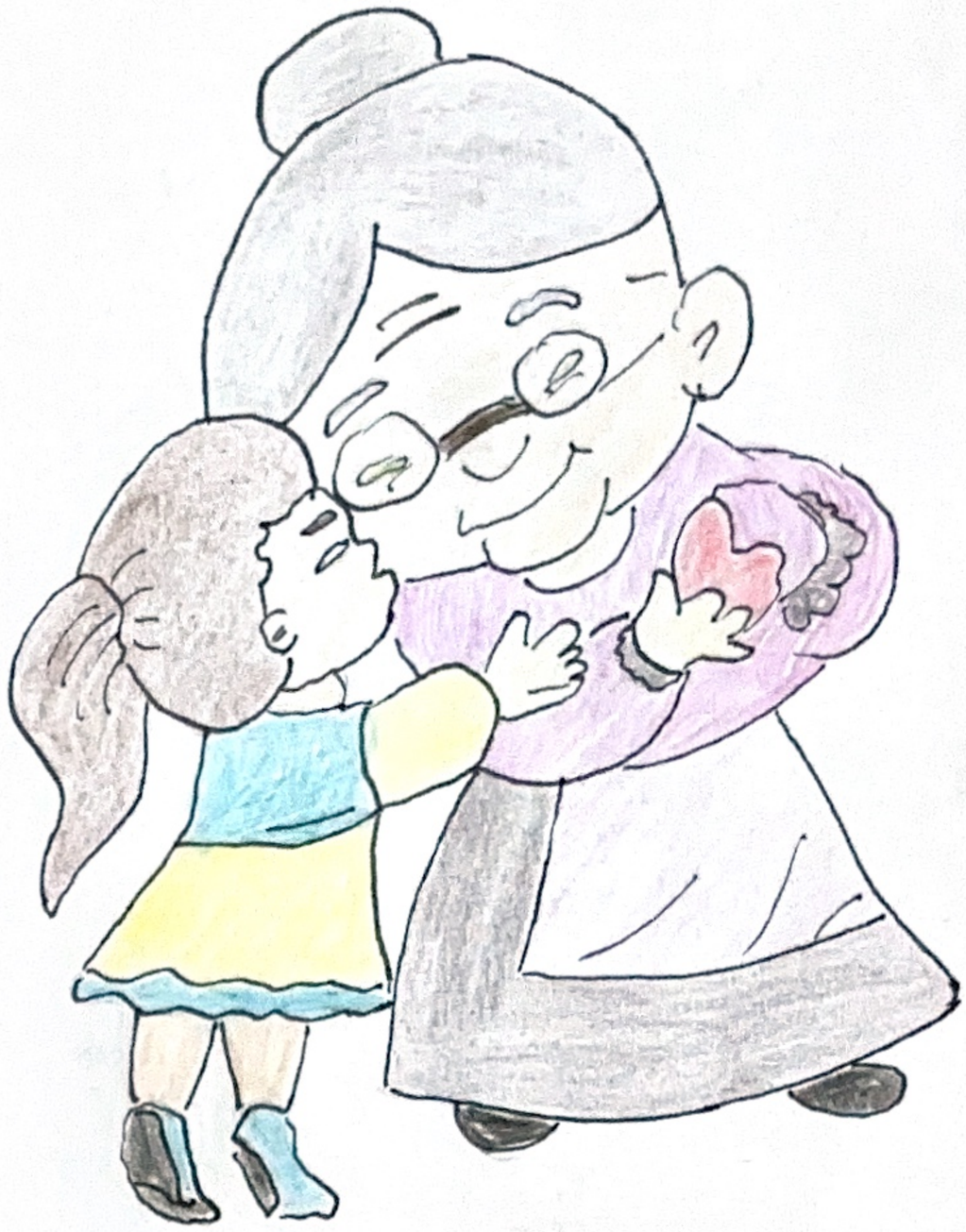
El álbum de los días perdidos

Hola, soy Carlota y hoy, como todos los días voy a visitar a mi abuela a la residencia, pero esta vez he decidido hacerlo de una manera un poco diferente, le voy a traer el álbum de fotos de la familia. Mi abuela es una persona muy cariñosa, graciosa y a la que a veces se le escapan locuras, ¿pero sabéis qué?, yo la quiero mucho.

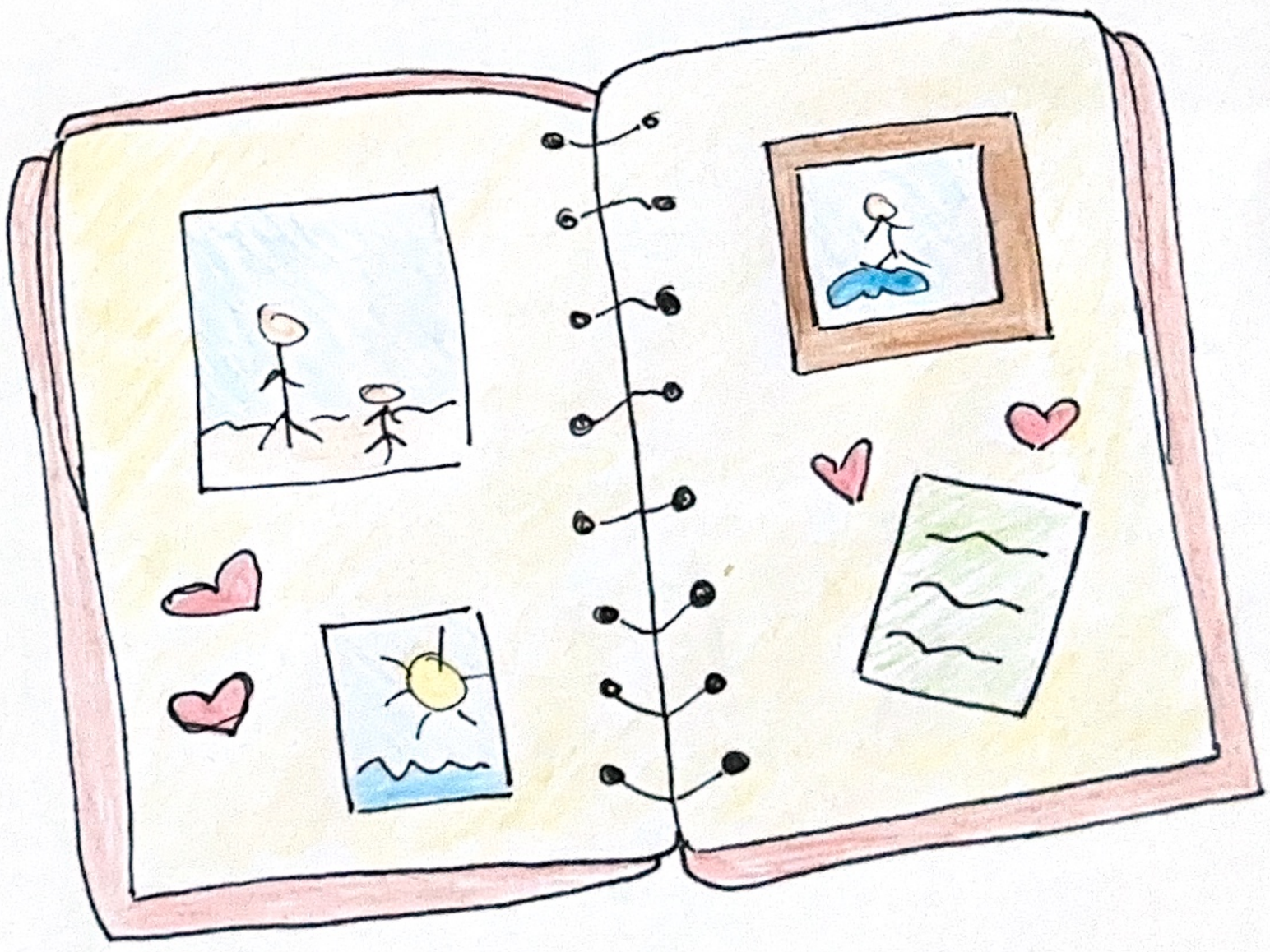
Gracias a este álbum familiar, igual consigue recordar momentos divertidos con la familia, aunque con ella las risas siempre están aseguradas.

A veces me parece que a mi abuela se le olvidan algunas cosas. Este álbum que hoy traigo conmigo era el que ella siempre me enseñaba cuando pasaba tiempo en su casa y hoy me da la sensación de que ahora me toca a mí devolverle todo lo que me ha enseñado y ayudado.

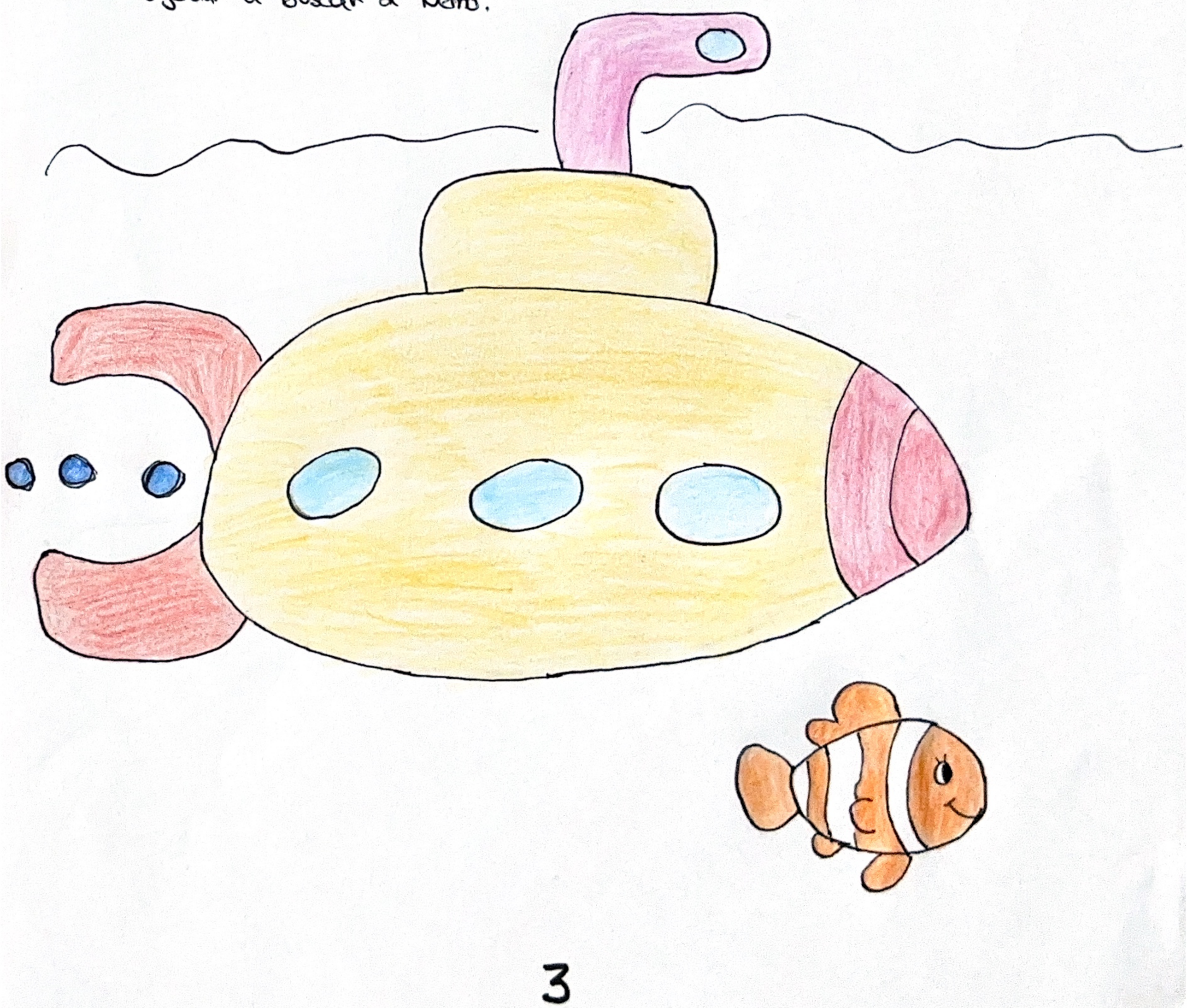


Estuvimos los dos viendo el álbum toda la tarde. Empezamos contemplando los recuerdos de mi bautizo, y fue muy gracioso porque... ¿sabéis que decía mi abuela siempre? ¡Que era mi madre! Yo le intentaba decir que era yo, pero daba igual porque ella seguía diciendo que era mi madre.

Luego, vimos mi comunión y sorprendentemente se acordaba de cosas que ni yo recordaba, como que habíamos comido unas croquetas riquísimas, y nos entró la risa.



Estuvimos un buen rato hablando de la comunión y después fuimos a ver los recuerdos de ese verano. Volvió a confundirse con algunos recuerdos. Fue muy gracioso porque ella estaba convencida de que la que se acuerda mal soy yo.
Como la veía feliz, no la corregí y nos reímos los dos. Yo creo que ella porque me veía a mí reír y yo por las cosas tan surrealistas que decía: una vez dijo que habíamos ido a la casa de Blancanieves. Y otra vez, que ese verano había volado, pero mi favorita fue en la que vio una foto de un submarino de cuando fuimos a un museo y ella decía que habíamos ido a ayudar a buscar a Nemo.



Estuvimos un buen rato riéndonos, y empezamos a crear historias muy graciosas, como que ella y yo éramos dos de los siete enanitos y que nos caímos por una madriguera y, por eso, acabamos en la vida real. Teníamos un ataque de risa increíble.
Cuando le iba a enseñar las fotos de estas navidades, para ver qué historias me contaba, justo llamó mi madre y me dijo que volviese para casa que tenía que hacer los deberes. Nos dio mucha pena a las dos, pero le prometí que mañana volvería a verla con el álbum de fotos para seguir contándonos historias que, según ella, habían pasado.
He ido andando para mi casa muy contenta porque, aunque sabía que la enfermedad de mi abuela era muy mala, esa tarde nos lo pasamos genial y lo que me quedó muy claro es que las risas no nos las va a quitar el alzhéimer. Así que ahora voy a disfrutar más que nunca de nuestras risas.

